

Históricas Digital

Johanna von Grafenstein

“La independencia de México fuera de sus fronteras”

p. 85-116

*La independencia de México:
temas e interpretaciones recientes*

Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

260 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 48)

ISBN 978-970-32-4997-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/479/independencia_temas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO FUERA DE SUS FRONTERAS

Johanna von GRAFENSTEIN

El tema y sus retos

Estudiar el tema de “La independencia de México fuera de sus fronteras” en la historiografía ha significado para mí un reto y una oportunidad. Un reto, porque bajo este vasto referente se agrupan varios subtemas, cada uno con su bibliografía específica que hace compleja la tarea de comentarla de manera sistemática y en un espacio relativamente reducido. Una oportunidad, porque esta revisión historiográfica me permite repensar propuestas de interpretación e investigaciones propias en el contexto más amplio de este campo de estudio.

Para el presente trabajo elegí los siguientes ejes de análisis que en mi opinión tienen cabida en el gran tema de “La independencia de México fuera de sus fronteras”. Está en primer lugar el de la llamada “insurgencia externa”, que se refiere a la comunidad de individuos que desarrollaron diversas iniciativas en y fuera de las fronteras del virreinato en apoyo a los insurgentes mexicanos, o también persiguiendo objetivos propios, usando la causa de la independencia para hacer negocios o justificar actos de piratería y filibusterismo.¹ Se trata de una comunidad fascinante, por su carácter multinacional y políglota, cuyos miembros provenían de corrientes políticas de diverso signo, eran portadores de identidades inciertas y guiados a veces por móviles poco claros.² Ocuparme solamente de la historiografía referente a esta comunidad, como tenía planeado originalmente, hubiera

¹Guadalupe Jiménez Codinach y Teresa Franco, en la introducción a los *Pliegos de la diplomacia insurgente*, (1987) acuñan el término que ha demostrado su utilidad para referirse a esta comunidad internacional.

²Estas características no son, sin embargo, privativas de los llamados actores externos, Christon I. Archer ha llamado la atención sobre que también en los grupos insurgentes “internos” las fronteras eran difusas entre el compromiso con la causa independentista y los intereses y móviles de acción individuales, locales o regionales, además de que los cambios de lealtad eran frecuentes, Christon I. Archer (coord.) *The wars of Independence in Spanish America*, 2000, p. xii.



significado dejar de lado aspectos relevantes de la “independencia de México fuera de sus fronteras”, como son los intereses políticos y económicos en el proceso de emancipación mexicano y latinoamericano que pudieran tener potencias amigas y enemigas de España así como diversos sectores de sus respectivas sociedades. Como segundo eje de análisis consideraré el de los contactos entre la insurgencia de México y el exterior, incluyendo aquí las relaciones con los demás movimientos de América del Sur y con el segundo país independiente del continente, Haití, en el contexto del papel de las islas del Caribe como puntos de repliegue, de organización de empresas corsarias proinsurgentes y de venta de presas.

También me parece importante recalcar que del proceso de independencia mexicana, insertado en el contexto más amplio de la crisis y desintegración imperial, consideraré para este trabajo únicamente los años de la fase armada. De acuerdo con lo arriba apuntado, me concentraré entonces, por un lado, en los intereses y los actores externos en la guerra de independencia —en el plano de los individuos y de las potencias atlánticas del momento—; por el otro, trataré los vínculos establecidos con el exterior desde la perspectiva de la insurgencia mexicana, considerando también diferentes planos, difíciles de separar y de calibrar en cuanto a su peso real en los diferentes momentos del proceso independentista. Estos dos tópicos, concebidos como ejes de análisis, han sido abordados desde la historia de las relaciones internacionales, del comercio atlántico, de la conformación de las fronteras de México y Estados Unidos y desde la historia de la guerra, si pensamos en el corso y el filibusterismo como formas de hacer la guerra a España, pero también desde la historia de individuos y grupos.

En el afán de encontrar una forma inteligible de exponer los mencionados tópicos y enfoques, he optado por una combinación de criterios: el del género y campo de estudio —historias generales, publicaciones de documentos y otras fuentes, historias políticas, económicas, de relaciones internacionales y de redes—, el de la procedencia de determinada obra historiográfica, y el criterio de la temporalidad, es decir el orden de aparición de las obras a comentar. El artículo está dividido en varias secciones que combinan los criterios mencionados y responden a la necesidad práctica de agrupar las obras revisadas, al mismo tiempo que se busca la mayor sistematización posible. En este sentido haremos en el primer apartado una sucinta evaluación de una docena de historias generales de las independencias en América Latina y México con el fin de detectar el papel que se asigna en ellas al llamado factor externo; aquí mismo comentaremos algunas recopilaciones documen-



tales que han aparecido en la segunda mitad del siglo XX.³ A continuación se dedicarán tres apartados a la revisión de obras monográficas que agrupamos bajo los siguientes temas: textos relativos a la insurgencia mexicana y sus vínculos con el exterior; los intereses extranjeros en la independencia de México y América Latina y su discusión en la historiografía; la llamada insurgencia externa y sus principales figuras en la historiografía.

Antes de emprender el recorrido propuesto quisiera llamar la atención sobre la existencia de una abundante documentación primaria relativa a intereses, iniciativas preparadas fuera de las fronteras del virreinato, políticas de las potencias occidentales hacía las colonias en rebelión y esfuerzos de sus líderes por establecer contactos con el exterior, documentación que comprueba la importancia que los contemporáneos atribuían a estos factores.⁴

En efecto, en el campo insurgente se generaron grandes esperanzas en la ayuda y el apoyo externos, gracias a los frecuentes planes y la realización de varias expediciones filibusteras, terrestres y marítimas, con localidades en la frontera suroeste de los Estados Unidos y puertos del Atlántico y mar Caribe como puntos de partida. Estas esperanzas se fundaron también en el establecimiento de repúblicas en el nombre de México, como en Texas y las Floridas, y propiciaron el envío de numerosos agentes para buscar armas y reconocimiento político. Todas estas expectativas puestas en el exterior dieron origen a una amplia correspondencia, a proclamas y artículos en la prensa insurgente, conservados en algunas ocasiones, sobre todo cuando cayeron en manos de jefes militares realistas y representantes de la corona española en Estados Unidos.

Por otra parte, las amenazas desde el exterior provocaron gran preocupación entre estos últimos —aumentada por las continuas alertas del ministro plenipotenciario español en Estados Unidos, don Luis de Onís, y de sus cónsules— que dio lugar a la planeación y puesta en

³ Es importante aclarar que el lector encontrará importantes ausencias historiográficas en este apartado. Ello se debe a que se trata de obras que no prestan mayor atención al tema que aquí nos ocupa.

⁴ Documentación relativa a los nexos externos de la independencia mexicana (e hispanoamericana) se encuentra en abundancia en archivos mexicanos, estadounidenses y europeos. También se ha publicado un número considerable de obras que contienen documentación transcrita. En este trabajo haremos mención de las colecciones documentales y acervos consultados por varios de los autores que comentamos, sin embargo, estas menciones distan mucho de ser exhaustivas. Una evaluación sistemática de la documentación existente, sus características, disponibilidad, etcétera, necesita de un estudio específico y probablemente de un esfuerzo colectivo con el fin de cubrir el gran número de fuentes primarias existentes.



práctica de contraataques por tierra y mar, redes de espionaje, etcétera. Toda esta actividad contrainsurgente en y fuera de las fronteras del virreinato produjo una todavía más voluminosa correspondencia, que incluye instrucciones, informes y solicitudes, intercambiada entre el virrey de la Nueva España, el capitán general de la isla de Cuba, los jefes militares de las zonas costeras del Golfo, el ministro Onís y los cónsules españoles en Norfolk, Baltimore, Nueva Orleáns y otros puertos de Estados Unidos.

Una tercera instancia, en la que se discutía el tema de la supuesta actitud tolerante del gobierno de Estados Unidos frente a los rebeldes y sus aliados externos, especialmente los filibusteros que operaban en sus territorios para invadir las posesiones del rey de España y los corsarios que desde puertos estadounidenses atacaban barcos del comercio español, eran las negociaciones que se desarrollaron en Washington sobre la delimitación de la frontera entre Estados Unidos y España en Florida y Luisiana. La amplia documentación existente en archivos de Estados Unidos, España y México demuestra el peso que tuvieron los aspectos mencionados en su momento.

Obras generales sobre las independencias en América Latina y México

Si revisamos las obras generales escritas en los últimos treinta años sobre las independencias de América Latina y México, los tópicos indicados en el apartado anterior difícilmente encuentran cabida. No cabe duda que una de las causas de esta ausencia es el reducido peso que tuvieron efectivamente los que podríamos llamar “factores externos” en las guerras de emancipación. Como traté de mostrar en los párrafos precedentes, el efecto “psicológico” de la posible ayuda externa fue muy grande,⁵ tanto en los insurgentes como en el campo contrario, pero ni las potencias se involucraron abiertamente en la guerra — como sí había sido el caso en la independencia estadounidense⁶ — ni la lla-

⁵ El virrey Felix Calleja se refiere en una de sus cartas a la sensación de seguridad prevaleciente en el campo insurgente que resultaba de las constantes declaraciones sobre la inmensa e inminente ayuda del exterior. Esta esperanza, dice, es “uno de los principales apoyos que en el día sostiene la rebelión.” Citado en Grafenstein, “Insurgencia”, en Guedea, *Independencia*, 2000, p. 218. También el obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo, atribuía a las “maquinaciones externas la popularidad y rapidez con que la insurgencia se propagó en la Nueva España.” Citado en Jiménez Codinach y Franco, Introducción a *Pliegos de la diplomacia insurgente*.

⁶ Sobre este aspecto véase el artículo de Jaime E. Rodríguez O. “La emancipación de América”, *Secuencia*, núm. 49, enero-abril de 2001, p. 42-69, en el que ofrece una interesante comparación entre las independencias de Estados Unidos, Haití y la América española.

mada insurgencia externa logró una injerencia efectiva, de allí que en las grandes evaluaciones que se han hecho de los procesos de emancipación el tema apenas se menciona. Por otra parte, la presencia marginal del tópico de las relaciones con el exterior tiene que ver también con los nuevos temas y enfoques que se han abierto campo en las últimas décadas, en los que la historia de las relaciones internacionales no ha sido prioritaria.

Avanzando en orden cronológico comentaré algunas historias generales de las emancipaciones hispanoamericanas escritas en la segunda mitad del siglo XX, cuya revisión me arroja los siguientes resultados.⁷

En párrafos dedicados ya a las “jóvenes naciones” John Lynch, (*Las revoluciones hispanoamericanas*, 1a. edición en inglés, 1973, edición en español de 2001, p. 337-338)⁸ menciona la importancia que éstas atribuían a la alianza con Gran Bretaña y cita una carta de Bolívar en la que el *Libertador* escribe: “La alianza con la Gran Bretaña es una victoria en política más grande que la de Ayacucho, y si la realizamos, diga Vd. que nuestra dicha es eterna. Es incalculable la cadena de bienes que va a caer sobre Colombia si nos ligamos con la Señora del Universo.” En opinión de Lynch, los dirigentes sobreestimaban la protección requerida. “En realidad”, dice, “las potencias de Europa no tenían ni los medios ni la voluntad de intervenir militarmente en las Américas.

⁷ Aparte de las obras citadas en este inciso, he revisado un buen número más de historias generales de las independencias hispanoamericanas; no las incluí en la bibliografía, ya que los intereses, las influencias y participaciones externas y/o los vínculos de los respectivos procesos con el exterior no encuentran en ellas mayor desarrollo. Eso es, por ejemplo, el caso de los siguientes textos: Jorge I. Domínguez, *Insurrección o lealtad, la desintegración del imperio español en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980; Tulio Halperin Dongui, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*, Madrid, Alianza Editorial, 1985. Por otra parte, no contemplé para este trabajo las obras que se basan en el concepto de las revoluciones del Atlántico, ya que me parece ser una problemática distinta a la que aquí me propongo analizar. No es éste un trabajo que se ocupe de la historiografía relativa a los movimientos políticos-sociales del mundo atlántico entre 1776 y 1825, lo que evidentemente haría necesario un estudio de las “filiaciones” entre las distintas revoluciones de las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX —en las que se incluyen generalmente la revolución francesa y la haitiana, así como las “revoluciones” de independencia de Estados Unidos y de la América española. Véanse, entre otros, R. R. Palmer, *The Age of Democratic Revolutions: a Political History of Europe in America, 1760-1800*, 2 v., (1959-1964); Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848*, (1962); Jacques Goedechot, *France and the Atlantic Revolution of the Eighteenth Century* (1965); Peggy Liss, *Atlantic Empires: The Networks of Trade and Revolution, 1713-1826* (1983). A diferencia de estas obras, aquí me concentro expresamente en el campo de los intereses y actores externos, así como de los vínculos establecidos por los insurgentes mexicanos con el exterior como temas tratados en la historiografía.

⁸ Para la referencia completa de las obras mencionadas a pie o en el texto, véase la bibliografía adjunta al final del libro.



En *The Emergence of Spanish America* (1975), Jaime Rodríguez llama la atención sobre la importancia de las sociedades económicas que servían “como red internacional de comunicación” en el mundo atlántico durante las guerras napoleónicas. Servían como “vehículo de comunicación liberal” y “bajo su égida viajaban revolucionarios españoles e hispanoamericanos.” El otro gran núcleo de actividad política y conspirativa resaltado por el autor eran las logias masónicas cuyo carácter de asociaciones secretas —que implicaba la cuidadosa selección de sus integrantes y un marcado espíritu de camaradería— las hacía especialmente idóneas para servir de centros de conspiración. (p. 18-19)

Con respecto al tema de los contactos entre los diferentes movimientos de independencia hispanoamericanos y la formación de una identidad “americana” frente a la “española”, François-Xavier Guerra evoca el “martirologio” americano que se forjó a través de “la prensa insurgente de las diferentes regiones [que] abunda en noticias de los excesos de la represión realista en otros lugares.” “Sometidos a una misma represión, los diferentes ‘pueblos’ americanos refuerzan cada uno sus propios agravios con las injurias que los otros han sufrido.” (en Annino, Castro Leiva y Guerra, 1994, p. 218.)

Por otra parte, en el caso venezolano, el apoyo y las influencias recibidas del exterior son valoradas como decisivas por David Brading, quien escribe: “Si Venezuela desempeñó el papel de fuente de la insurgencia en la América del Sur, ello fue en parte porque su ubicación y su terreno permitían un fácil acceso a las ideas, los voluntarios y los pertrechos del exterior, ofreciendo condiciones ideales para la guerra de guerrillas.” (1991, p. 650) Jaime Rodríguez sostiene que, a pesar de las críticas y el retiro de apoyo de varios de los dirigentes militares en el exilio haitiano, Bolívar contaba con

[...] dos poderosos protectores, el presidente Alexandre Pétion, a quien cautivaba la visión que Bolívar tenía de la independencia de Hispanoamérica y quien lo respaldaba con la sola condición de que liberara a los esclavos una vez que su país fuera libre, y el rico comerciante y aventurero Luis Brion, quien puso su flota a disposición de Bolívar. En última instancia, el apoyo del presidente Pétion y el de Brion permitieron a Bolívar ganarse el puesto de comandante supremo. (Rodríguez, 1996, p. 224)

Con respecto a las obras generales sobre la independencia mexicana producidas en la segunda mitad del siglo XX, quisiera mencionar *El proceso ideológico de la revolución de Independencia* (1ª edición 1953) de

Luis Villoro por su influencia prolongada en la historiografía.⁹ De interés para nuestro tema son las reflexiones de Villoro sobre la expedición de Xavier Mina, episodio que podemos calificar de externo por el simple hecho de que fue el único intento de invasión del virreinato desde el exterior que se materializó y porque sus recursos materiales y humanos provenían de países diversos. En cuanto al “espíritu” de la empresa, en cambio, coincido con Villoro que fue un intento de renovar a la monarquía desde adentro, es decir, de combatir el absolutismo ahora en tierras americanas y de crear un bastión liberal en la Nueva España que después permitirá regresar también en la Península al ordenamiento constitucional de 1812.

En los años sesenta, M. S. Alperovich escribe su *Historia de la independencia de México*, basada en una vasta revisión bibliográfica y documental. (La primera edición en ruso es de 1964, la traducción al español de 1967) El autor, quien era el especialista de mayor reconocimiento del campo socialista en historia latinoamericana en las décadas anteriores a la disolución de la URSS, dedica párrafos grandes al tema de la política de Estados Unidos frente a las “colonias en rebelión de América del Sur”.¹⁰ Desde una perspectiva marcada por la guerra fría, Alperovich juzga el papel desempeñado por Estados Unidos en la independencia como “doble” e “hipócrita”, guiado únicamente por su agresivo expansionismo e intereses comerciales.¹¹ El autor trata con bastante detalle otros de los aspectos que hemos mencionado aquí: las actividades de los emisarios de los insurgentes novohispanos, la organización de expediciones de invasión y de provisión de armamento, el ambiente conspirativo en Nueva Orleáns y el tema de la disputa por la delimitación de las fronteras entre Estados Unidos y territorios de España en el norte y noreste del virreinato. A las fuentes comúnmente utilizadas para estudiar estos temas,¹² Alperovich añade los informes

⁹Sobre este aspecto, véase Alfredo Ávila y María José Garrido, “Temporalidad e independencia. El proceso ideológico de Luis Villoro, medio siglo después”, *Secuencia*, núm. 63, septiembre-diciembre de 2005, p. 77-96.

¹⁰Denominación que aparece frecuentemente en la documentación estadounidense, e incluía a México; véanse por ejemplo los debates del Congreso entre el 3 y 8 de diciembre de 1817, citados en Grafenstein, “Patriotas y piratas” y en Suárez, *Pragmatismo y principios*, p. 46-48.

¹¹Las fuertes adjetivaciones que usa Alperovich para calificar la actitud de Estados Unidos frente a la independencia de México, contrastan con los delicados calificativos que había encontrado en su momento Isidro Fabela cuando dice que “la noble empresa de hacerse libres” contaba con las simpatías “aunque solamente líricas de nuestros vecinos del norte”, y cuando en otro lugar apunta que había interés “aunque platónico” en Estados Unidos por nuestra independencia. Fabela, *Precursores*, p. 76.

¹²Aparte de una bibliografía de diversa procedencia, Alperovich recurre a importantes colecciones documentales de Estados Unidos, México y Cuba.



del embajador ruso en Estados Unidos, lo que abre una nueva faceta en el acercamiento al tema desde la perspectiva de la historia de las relaciones internacionales.

Los siguientes dos textos –de Ernesto Lemoine y Ernesto de la Torre Villar, publicados en 1965 y 1967, respectivamente– no son historias generales de la independencia mexicana, sin embargo, al igual que en el caso de Luis Villoro, la influencia de ambas obras en la historiografía posterior ha sido muy grande. En *Morelos: su vida revolucionaria...* (1965), Ernesto Lemoine escribió páginas fundamentales sobre la política exterior que llevó a cabo el líder insurgente en 1815, sobre todo a instancias de José Álvarez de Toledo, con la redacción de un documento dirigido hacia lectores y posibles aliados en el exterior, al que Lemoine dio el nombre de Manifiesto de Puruarán, con la misión de José Manuel Herrera quien debería tomar contacto con el gobierno de Estados Unidos y finalmente con la decisión de trasladar el Congreso a Tehuacán para acercar los “Poderes” al mar y a la anhelada ayuda exterior. La figura de Álvarez de Toledo y su relación con Morelos encuentra una importante valoración en la obra de Lemoine. El autor da gran importancia al lenguaje político creado por Toledo en sus numerosas cartas dirigidas al Congreso, más acorde con el contexto internacional y con las instituciones republicanas que estaban expandiéndose en América que la terminología empleada por los insurgentes mexicanos, además de que el cubano entró en contacto con éstos en un momento crítico de su movimiento y tuvo por eso tan buena acogida. Es por ello, dice el autor, que no es tan “fácil de tachar de arribista y pérfido al cubano y de cándido hasta la desesperación, al gobierno insurgente.” (*Ibid.*, p. 124) La obra de Lemoine reviste especial importancia por los 232 documentos que acompañan y apoyan a su estudio preliminar, los que fueron recogidos en archivos de México y del exterior y muchos de ellos se publicaron por primera vez en esta recopilación.¹³

En 1966 Ernesto de la Torre Villar publica en primera edición *Los Guadalupe y la independencia*, un texto que si bien sólo trata tangencialmente los temas que nos ocupan en este trabajo, contiene algunas reflexiones sobre el papel de las logias masónicas en las independencias latinoamericanas. De la Torre valora a las logias como importantes núcleos de apoyo a las ideas liberales y acciones independentistas que acogían, además, figuras destacadas de los insurgentes americanos. Con la llegada de Xavier Mina a México, afirma De la Torre, el ideario

¹³Sobre otros aspectos concernientes a los “factores externos” de la independencia mexicana que encuentran cabida en el *Morelos* de Ernesto Lemoine, véanse los incisos subsecuentes.

liberal gana nuevo impulso y con él los Guadalupes pasaron poco a poco a servirse de la masonería para realizar sus más caros anhelos y también para servir a una institución que fue modificándose dialécticamente

[...] para convertirse en servidora de otros intereses, unos sanos, como fue el proceso de fermento transformativo social y económico, y otro espurio, como fue el que la ató a los intereses político-económicos de dos potencias que rivalizaban en extender su zona de influencia, los Estados Unidos, por una parte, y Europa, con Inglaterra y Francia a la cabeza, por la otra. (p. LXXII)

Lo que hacía a las potencias mencionadas apoyar a la masonería – que tenía importantes logias en Londres y Filadelfia – y a sus miembros españoles peninsulares y americanos era su afán “de destruir el monopolio español en América, de liquidar ese imperio, de absorber sus mercados [...]” “Esta política”, prosigue De la Torre, “coincide también con el afán de los insurgentes de encontrar auxilio en Norteamérica, que iniciara tanto Hidalgo como Rayón y Morelos, y el cual cristaliza con la aparición de guerrilleros angloamericanos, de envío de armas y parque y de una promesa de cooperación mayor obtenida por Herrera.” (p. LXXI)¹⁴

Los dos autores que acabamos de comentar produjeron en los años noventa sendas historias generales de la independencia de México, apoyándose en su obra anterior. De la Torre Villar publica en 1992, en la colección MAPFRE-Fondo de Cultura Económica, *La independencia de México*, obra en la que se retoma, amplía y actualiza un texto de 1982.¹⁵ Uno de los diez incisos del capítulo sobre el “inicio y desarrollo del movimiento emancipador” está dedicado a la expedición de Xavier Mina. Ésta, dice De la Torre, irrumpió “como un relámpago que de

¹⁴ Varias de las cartas, el diario de sucesos de los Guadalupes, así como las proclamas del virrey Calleja, que recoge don Ernesto de la Torre en el libro que comentamos, hacen alusión a la ayuda inminente de los angloamericanos, a los intereses de Francia y Estados Unidos en la independencia de México; a la situación en las fronteras de Nueva España (p. 4, 6, 24, 32, 75, 77-78, 96). En el exhaustivo estudio sobre los Guadalupes de Virginia Guedea encontramos también frecuentes alusiones al tema de la participación de angloamericanos en el movimiento insurgente. “También quedaron registradas en el Diario la ilusión que se hacían muchos de los partidarios de la insurgencia, los Guadalupes entre ellos, de que la participación de los angloamericanos contara con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos y la esperanza de que con su ayuda se alcanzaría un pronto triunfo.” Guedea, *En busca de un gobierno alterno: los Guadalupes de México* (1992), p. 272.

¹⁵ Titulado *La independencia mexicana*, publicado en tres tomos en la serie SEP/80, de los que el primero contiene una síntesis del proceso y los dos siguientes una recopilación de documentos sobresalientes del periodo.



repente ilumina la oscuridad existente” (p. 116) En opinión del autor, a pesar de su carácter efímero, la expedición de Mina aportó nuevos elementos al desarrollo político mexicano, como eran el liberalismo militante, a diferencia del doctrinario que había prevalecido hasta entonces, así como la “masonería como fuerza política”, apoyada por grupos poderosos de Gran Bretaña y Estados Unidos que estaban interesados en el comercio con las colonias españolas en rebelión. (*Ibid.*) En el capítulo “El ideario socio-económico y político de los emancipadores”, De la Torre incluye un apartado dedicado a las medidas de política exterior, en el que menciona brevemente las diferentes misiones diplomáticas hacia Estados Unidos y América del Sur. (p. 144-145) En *La Revolución de Independencia, 1808-1821* (1994), por otra parte, Ernesto Lemoine retoma varias páginas de su libro sobre Morelos, de 1965, dedicadas a los esfuerzos de éste por establecer contacto con el exterior. “La estancia de Morelos y sus colegas en Puruarán,” dice, “registra otro avance importante, con proyecciones al exterior, del pensamiento insurgente en torno a la consolidación del estado mexicano.” (p. 146)

Una antología de artículos que abordan diferentes aspectos de la independencia mexicana es *La revolución de independencia* (1995), obra compilada por Virginia Guedea, en la que de los nueve trabajos publicados originalmente en *Historia mexicana*, dos se ocupan de aspectos externos de la gesta independentista. Reservamos su reseña para el apartado siguiente.

Finalmente, queremos mencionar algunas de las colecciones de documentos más importantes que han surgido en la segunda mitad del siglo XX.¹⁶ Destacan las que realizaron José R. Guzmán con materiales del Archivo General de la Nación, México, así como José Luciano Franco quien reunió en tres tomos documentos provenientes del Archivo Nacional de Cuba, relativos a la historia de México, Haití y Venezuela, de los que una parte considerable corresponde a la segunda década del siglo XIX.¹⁷ Ambos autores enriquecen las respectivas compilaciones con sus interpretaciones y evaluaciones de la información recabada que, en el caso de Guzmán, se encuentran sobre todo en los respectivos estudios introductorios y, en el caso de Franco, dieron también lugar a varios libros, cuyos temas son las guerras imperiales

¹⁶ Estas recopilaciones contienen una amplia correspondencia producida por las autoridades coloniales y jefes militares sobre las actividades en el exterior de aliados y simpatizantes de las repúblicas en rebelión al sur del río Bravo.

¹⁷ Véanse en la bibliografía títulos y temas de las compilaciones mencionadas. Importante de mencionar es también la tesis de licenciatura de José R. Guzmán sobre la expedición de Xavier Mina.

en el Golfo Caribe en el siglo XVIII, la revolución haitiana, los vínculos de Cuba con Nueva España, entre otros. Especialmente el tomo 1 de la obra de Franco, *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México*, aborda en seis capítulos tópicos de gran interés para la temática que aquí nos ocupa. Con base en una exhaustiva consulta del Archivo Nacional de Cuba, Franco trata el papel de La Habana como “baluarte de la política continental americana de España” desde las décadas finales del siglo XVIII hasta los años veinte del XIX, las actividades de piratas, corsarios y contrabandistas en la segunda década de esta última centuria y la importancia de Nueva Orleans como centro de espionaje, así como una expedición organizada en Londres, en la que los patriotas hispanoamericanos, entre ellos Simón Bolívar, depositaban grandes esperanzas, pero que se frustró por la traición de su propio líder, el liberal español refugiado en Londres, Mariano de Renovales, quien, a su llegada a Nueva Orleans en septiembre de 1818, se presentó ante el cónsul español Felipe Fatio para revelar los planes de invasión a Nueva España y “negociar” su no ejecución a cambio de importantes sumas de dinero.

La insurgencia mexicana y sus vínculos con el exterior

Se trata de un tema con una larga tradición en la historiografía mexicana que ha conocido aportaciones a lo largo de casi siglo y medio. En las primeras décadas del siglo XX, es Isidro Fabela quien, desde su destacada posición en el servicio exterior, se interesa por “las actividades internacionales de nuestros jefes revolucionarios” (p. 71). Apoyándose principalmente en las obras de Bustamante, Alamán, Arrangóiz, Zerecero, Villanueva y Hernández y Dávalos, de los que reproduce un buen número de cartas de pluma diversa, Isidro Fabela se centra en las figuras y sus misiones, siguiendo las trayectorias de una quincena de emisarios al exterior desde 1775 hasta los primeros años independientes.

Ernesto de la Torre Villar ofrece en su estudio de 1973 sobre la *Labor diplomática de Tadeo Ortiz* una exhaustiva e incisiva valoración de la historiografía que precede su obra en relación con la figura estudiada, pero también referente a la temprana historia diplomática de México, política exterior y primeras relaciones internacionales, en la que considera, además de las aportaciones mexicanas, las de varios países latinoamericanos, Estados Unidos y Europa. En el capítulo 2 del tomo 1 de su historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, Luis G. Zorilla trata el tema de la posible ayuda recibida por México durante la guerra de independencia de aquella nación, la que considera mínima:



[...] los Estados Unidos nunca reconocieron oficialmente a ninguno de los emisarios de los libertadores de México como tampoco de las demás colonias españolas en América. Su simpatía a no dudarlo estaba con ellos pero el interés nacional les aconsejaba cautela para no provocar hostilidades con España [...] p. 42.

En las últimas dos décadas y media, los inicios de los contactos internacionales de México han sido tratados en notables ensayos. Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Meyer dedican un primer capítulo de su libro *México frente a Estados Unidos* (1ª edición en 1982) a las tempranas relaciones entre ambos países, haciendo hincapié en las ambiciones expansionistas del vecino del Norte, los negocios que significaba la venta de armas a los insurgentes y la “simpatía limitada” por la lucha independentista de Hispanoamérica.

También el trabajo *De cómo se iniciaron las relaciones de México y los Estados Unidos*, de Virginia Guedea y Jaime E. Rodríguez O. (1994), constituye un acercamiento desde la perspectiva de las relaciones bilaterales entre ambos países en el que se discuten la importancia de la “ayuda” externa, la política oficial del vecino del Norte, especialmente el asunto de la neutralidad, el impacto de las actividades de emisarios y conspiradores en territorio norteamericano y en sus puertos, además de que figuras claves, como William Davis Robinson, entre otros, encuentran un tratamiento detallado.

En 1987 Guadalupe Jiménez Codinach y Teresa Franco publican un importante conjunto de documentos, el llamado manuscrito SOMEX, que había sido resguardado por los descendientes de don Luis de Onís, ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos de 1814 a 1820. En la introducción a esta valiosa documentación¹⁸ las autoras hacen hincapié en el contexto atlántico, con sucesos de los años 1776 a 1821, de alcance internacional, que influyeron en los procesos de independencia hispanoamericanos. La larga lista de agentes que fueron enviados al exterior para obtener reconocimiento y ayuda contradice, en opinión de Jiménez Codinach y Franco, la afirmación de Servando Teresa de Mier que los insurgentes no habían tenido ayuda del norte porque no lo habían pedido. (p. XXIII) En el estudio introductorio se ofrecen además varias evidencias, las cuales demuestran que las esperanzas de un apoyo efectivo por parte del gobierno de Estados Unidos eran quiméricas y que agentes como William Shaler o el abogado Edward Livingston, quien pertenecía a los llamados Asociados de Nueva

¹⁸Sobre los documentos reunidos en esta publicación, véase el inciso 3 de este trabajo.



Orleáns, abiertamente reconocían la imposibilidad de un reconocimiento declarado y de una ayuda formal. (p. XLIX y LIV)

En su libro sobre *La insurgencia en el departamento del Norte, 1810-1816* (1996), Virginia Guedea dedica algunas páginas a las relaciones que los caudillos Ignacio Rayón y José Francisco Osorno establecieron tanto con el resto de la Nueva España como con el exterior. La llegada y permanencia del general Jean Amable Humbert en Nueva España entre junio y septiembre de 1814 constituía un punto culminante en la búsqueda de obtener reconocimiento y apoyo externo por parte de los insurgentes, pero, dice Virginia Guedea:

Para desgracia de Rayón y del movimiento insurgente, el supuesto enviado angloamericano no era sino un eslabón más en esa larga cadena de aventureros provenientes del vecino país del norte, cuya intervención resultó, casi siempre, negativa para la suerte de la insurgencia. De esta manera, Humbert abandonó la Nueva España sin que su visita produjera ningún beneficio al movimiento, salvo el de aumentar unas esperanzas cada vez más faltas de verdadero sustento.¹⁹

En el contexto de las relaciones con el exterior que los diferentes órganos gubernativos insurgentes buscaron establecer, son dignos de mencionar los intentos que se hicieron para establecer contacto tanto con el gobierno del rey Christophe en el Norte de Haití, con poco éxito por cierto, como con la república del Sur, encabezada por el presidente Aléxandre Pétion, quien proporcionó amplia ayuda no sólo a los refugiados venezolanos y neogranadinos sino también a Xavier Mina, y quien se hacía de la vista gorda ante las confiscaciones de presas en su territorio, la compra de armas por los rebeldes a comerciantes locales y el reclutamiento de haitianos para las filas de corsarios bajo el mando de Luis Aury o de Xavier Mina. Oficialmente, Pétion cuidaba la imagen de neutralidad de su gobierno, esencial para la sobrevivencia de este país, surgido de la única revolución de esclavos victoriosa en la historia de la humanidad, en un contexto internacional hostil. El tema de los vínculos establecidos por la república de Haití con los insurgentes mexicanos y sudamericanos está tratado en la historiografía venezolana, sobre todo por Eleazar Córdova Bello y Paul Verna, pero tangencialmente aparece en todos los trabajos que tratan las activida-

¹⁹ Otros líderes locales, entre ellos Juan Nepomuceno Rosáins y Juan Pablo Anaya, esperaron obtener ventajas, para ellos y para el movimiento, del contacto con los angloamericanos, de cuyo gobierno Humbert se decía ministro plenipotenciario. Guedea, 1996, p. 189, 192 y 193.



des insurgentes de México y colonias en rebelión de América del Sur en el Golfo-Caribe, sus islas y tierras adyacentes.

El papel de las costas del golfo de México como zonas de contacto con el exterior y entrada de ayuda material y humana y su percepción por los insurgentes han sido valorados en primera instancia por Ernesto Lemoine en la obra citada de 1965. La decisión tomada en julio de 1815 de trasladar el Congreso de Uruapan a Tehuacán, dice Lemoine, no respondía tanto a la necesidad de “escapar a la inseguridad reinante en Michoacán, muy relativa...,” (Estudio preliminar, p. 140) sino a “la necesidad de acercarse a la costa del Golfo para recibir más pronto las noticias de la embajada de Herrera, además de que Tehuacán era “una plaza fuerte bien acondicionada por Mier y Terán, y, para mayor garantía, en Veracruz operaba con éxito el fiel Guadalupe Victoria.” “Uruapan, la idílica Uruapan”, prosigue Ernesto Lemoine, “se hallaba demasiado lejos de Nueva Orleans y era urgente acortar esa distancia.” En aras de alcanzar este objetivo no se midieron “los peligros que acechaban en el largo trayecto comprendido entre Uruapan y Tehuacán” que llevaron a la destrucción del héroe.

El tema encuentra también un amplio desarrollo en el volumen I de la *Historia marítima de México* de Enrique Cárdenas de la Peña (1973). En el libro encontramos una infinidad de episodios relacionados con las expediciones marítimas tramadas en el exterior, el envío de emisarios por los principales líderes de la revolución, la llegada de ayuda material y humana, el comercio y curso promovidos por los insurgentes, y sobre todo un alud de información sobre “el enjambre”²⁰ de individuos implicados en todas estas actividades. El capitulado de la obra responde al interés del autor de dar cuenta de estos aspectos marítimos de la independencia: la lucha por el control de varios de los puertos del Pacífico y Golfo entre insurgentes y realistas está en el primer plano de algunos de los incisos; uno de ellos tiene el sugestivo título “Relaciones por mar” y otro está dedicado a la expedición de Xavier Mina. Cárdenas explora las colecciones de documentos de Hernández y Dávalos y de J. L. Franco, varios ramos del Archivo General de la Nación, documentos de la Secretaría de Defensa y de Relaciones Exteriores, además de una voluminosa bibliografía.

Por otra parte, la guerra librada en las costas de barlovento y sotavento de Veracruz en los años de 1813 hasta abril de 1817 entre grupos de insurgentes y realistas es poco conocida y por ende poco valorada

²⁰ La expresión aparece frecuentemente en la documentación realista para designar los grupos externos que operaban en el golfo de México.



en la historiografía.²¹ La documentación de archivo, mucha de ella recogida y publicada por José R. Guzmán, está esperando todavía mayores estudios en el ramo *Operaciones de Guerra*, y muestra que ambos bandos dedicaron grandes esfuerzos y recursos a la lucha por el control de pequeños y medianos puertos y su *hinterland*,²² sobre todo en 1816, cuando se supo de la expedición de Xavier Mina y su inminente llegada a algún punto de las costas del golfo de México, además del objetivo de controlar arribos navales a las numerosas radas hispanoamericanas, alcanzó una alta prioridad para ambos bandos contendientes.

Intereses extranjeros en la independencia de México y América Latina

El tema de las independencias hispanoamericanas en el ámbito internacional ha sido objeto de estudio de importantes obras producidas por historiadores del área anglófona en los años treinta y cuarenta. El libro de John Rydjord (1935) sobre “el interés extranjero en la independencia de Nueva España” se propone una visión en conjunto de la “influencia extranjera”, más allá de los incidentes aislados, en la gestión de la independencia de la colonia española, cuyas raíces el autor ubica en el siglo XVI. Los intereses extranjeros (ingleses, franceses y más tarde estadounidenses) en la emancipación de Nueva España se vuelven más pronunciados en el siglo XVIII y alcanzan un clímax durante las guerras napoleónicas. El texto cierra con la proclamación de José Bonaparte como rey de España y de las Indias. Rydjord busca demostrar con su trabajo la importancia de las colonias españolas en las relaciones internacionales del siglo XVIII y primera década del XIX.

Entre las investigaciones notables sobre el papel de los Estados Unidos en las independencias de América Latina, en especial de México, se encuentran las de Charles Griffin, Arthur Whitaker y Harris Gaylord Warren. Los tres autores se basan en exhaustivas revisiones documentales de archivos europeos, estadounidenses y mexicanos. Griffin y Whitaker enfocan la política de los Estados Unidos frente a las repúblicas al sur del río Bravo, el primero en un espacio de tiempo más reducido (1810-1822) y el segundo en los años de 1800 a 1830.

²¹ Uno de los pocos trabajos sobre el tema es el de Ducey quien estudió el campo realista en el norte de Veracruz a lo largo de la guerra. (1999).

²² Una primera valoración de esta documentación se hizo en Grafenstein, 2000. Este trabajo tiene como objetivo esclarecer las estrategias puestas en práctica por grupos insurgentes de la costa del Golfo y sus vínculos con el exterior, pero también las tácticas de contraataque realistas.



Griffin considera tanto las posiciones oficiales (del Ejecutivo, del Congreso y de las autoridades regionales y locales) en diferentes coyunturas; la “opinión pública”, sobre todo la expresada por la prensa; la actuación de los agentes a los hispanoamericanos en territorio norteamericano y de los filibusteros y corsarios que operaban desde allí, y finalmente, el contexto de las negociaciones sobre la delimitación de la frontera entre la Unión Americana y las posesiones españolas alrededor del Golfo.

Arthur Whitaker entiende su libro (1941) como síntesis de las muchas monografías publicadas por la generación de historiadores estadounidenses anterior a la suya. Define los años estudiados, 1800-1830, como un “periodo expansivo y esperanzado”, de “descubrimiento” de América Latina por los norteamericanos, cuyos límites estarían dados por el casi total desconocimiento de las colonias españolas al iniciar el siglo XVIII, hasta el declive de esta primera ampliación del conocimiento relativo a las relaciones comerciales, culturales y políticas con las colonias en los años de su transformación a estados independientes. La multiplicidad de contactos que se abrió desde fines del siglo XVIII, sostiene Whitaker, con el fin del monopolio español en materia comercial —alude con ello a la importancia del comercio neutral como vehículo de penetración económica extranjera en las colonias hispanas— constituyó un impulso hacia la independencia de las mismas. La producción de conocimiento sobre América Latina en Estados Unidos durante los años indicados, las fuentes europeas sobre la región y su circulación en la Unión Americana, la política hacia y el comercio con los países al sur del río Grande, son estudiados en el contexto de las rivalidades internacionales de la época.

Otros dos artículos de Charles Griffin se refieren a Estados Unidos frente a las independencias latinoamericanas.²³ El primero (publicado originalmente en 1940) se centra en el curso de Baltimore, puerto muy vinculado a las nacientes repúblicas de América del Sur, en el que estudia las inversiones de comerciantes y armadores locales en el equipamiento de barcos corsarios que navegaban bajo las banderas de los primeros gobiernos independientes; las formas de reclutamiento de sus tripulaciones; sus operaciones en el golfo de México, el mar Caribe y aun las costas de España y, finalmente, la comercialización de sus botines. En el segundo texto (publicado originalmente en 1941) Griffin analiza de manera más amplia la opinión pública norteamericana frente a los procesos de emancipación de la América hispana.

²³ Ambos están incluidos en el libro de Charles Griffin, *Ensayos sobre la historia de América*, 1969.

El objetivo del libro de H. G. Warren (1942) es hacer una “historia del filibusterismo en la revolución mexicana” como reza el subtítulo. Es quizá el estudio más completo que se haya hecho sobre este tema en particular. Warren se propone dar un tratamiento comprehensivo del “movimiento” filibustero en los años 1812-1821 y de las expediciones que se tramaron en territorio norteamericano en conexión con la “revolución mexicana”. Las expediciones y los complots, todos derrotados por la energía de Joaquín de Arredondo, constituyen en opinión de este autor una importante fase de la historia de México y del suroeste de los Estados Unidos. Warren sostiene que, si bien Estados Unidos no apoyaba abiertamente a los mexicanos, porque, como “república joven y todavía débil” (p. 255) no podía arriesgar las consecuencias, sí contribuyó a la causa independentista de México, al no reforzar su compromiso de neutralidad; los puertos estaban abiertos a los corsarios, los territorios del suroeste servían como base para el filibusterismo y las acciones de ambas fuerzas debilitaron a las fuerzas realistas aunque no lograron fortalecer a los insurgentes directamente.

La política y los intereses promovidos con respecto a Hispanoamérica en los años 1815 a 1830, por parte de los estados alemanes, agrupados en la Confederación Germánica, es abordado por el destacado historiador de la entonces República Democrática Alemana, Manfred Kossok (1964), quien desentraña las políticas divergentes promovidas, de un lado, por las ciudades de la Hanse, cuyos intereses se centraban en el establecimiento de relaciones comerciales con las colonias “rebeldes” y después países soberanos, y del otro, por Austria y Prusia, como garantes de la Santa Alianza, cuyo supuesto intervencionismo en América del Sur, en concordancia con Francia y España, fracasó en 1823.

Reinhardt Liehr, por otra parte, reunió en 1983 un grupo de historiadores económicos en Berlín con el propósito de analizar “los problemas que tuvieron que enfrentar las distintas sociedades latinoamericanas cuando empezaron a formar sus economías nacionales en las tres primeras décadas después de la independencia”, al mismo tiempo que las ponencias presentadas en un coloquio buscaban esclarecer “el papel que jugaron los intereses económicos de los diferentes países europeos en este proceso emancipador.” (p. 13) Producto de este encuentro es un libro colectivo que salió a la luz en 1989.

En las últimas décadas del siglo pasado han aparecido dos importantes obras sobre el tema que hemos llamado intereses extranjeros en las independencias hispanoamericanas. Ambas tienen en común la dimensión del mundo atlántico como punto de partida. En sus respectivos libros, Peggy Liss (1983) y Guadalupe Jiménez Codinach exploran archivos europeos y americanos en una amplitud pocas veces alcanza-



da en la historiografía sobre el tema que nos ocupa. La primera autora ubica las independencias en el contexto de “toda la gama de relaciones [forjadas en el siglo XVIII] dentro del extenso mundo atlántico” (p. 302) que son objeto de estudio de diez de los doce capítulos. Liss analiza intereses divergentes no sólo en el plano internacional — los planes de Napoleón Bonaparte de alentar las independencias, aun bajo la tutela de Estados Unidos, con el propósito de cambiar la constelación internacional de fuerzas en detrimento de Gran Bretaña — sino también entre políticos y grupos económicos estadounidenses. En este sentido llama la atención sobre el interés de Thomas Jefferson en una amplia expansión territorial de la Unión Americana, mientras que James Madison juzgaba más importante fomentar el comercio con América Latina; Baltimore comerciaba con las colonias hispanas en rebelión, una política criticada fuertemente por los comerciantes vinculados al comercio con España de Nueva York y Nueva Inglaterra, sobre todo vía exportaciones de harina de trigo a la península. (p. 304-305)

En *La Gran Bretaña y la Independencia de México* (1991) Jiménez Codinach se propone dar respuesta a una serie de interrogantes generales y particulares, referentes a los intereses que debía tener Gran Bretaña como primera potencia industrial y comercial en “el más resguardado dominio de España en América”, primer productor mundial de plata. Su obra, dice Jiménez Codinach, es un intento de reunir fuentes que se encuentran dispersas para describir cómo ocurrieron los contactos entre Inglaterra y la Nueva España, quiénes participaron en su establecimiento, cuál fue la política oficial británica hacia España y sus dominios americanos y viceversa, cómo utilizaron los gobiernos extranjeros a las firmas comerciales para encubrir sus negociaciones secretas y hacerse de numerario proveniente de México, entre otros aspectos. La autora sostiene que Gran Bretaña no en todo momento promovió los movimientos de emancipación americanos, entre 1808 y 1813 más bien trató de impedirlos como aliada de España en contra de Francia y como principal fuente de recursos para financiar la guerra en la Península. De allí el interés de que el enfrentamiento entre la madre patria y la Nueva España no se prolongara. Gran Bretaña estaba interesada en que el flujo de plata novohispana no fuera impedido por la insurrección para que España pagara su deuda. Por otra parte, la autora afirma que fue esencialmente por “omisión” que Inglaterra contribuyó al proceso emancipador de México, al tolerar actividades proindependentistas en su suelo.²⁴ El libro de Jiménez Codinach constituye una fuente

²⁴La contribución de Jiménez Codinach al conocimiento de la expedición de Xavier Mina en sus aspectos exteriores (nexos, apoyos) también es muy importante. Haremos refe-



de excepcional riqueza sobre intereses externos muy diversos que existían en Gran Bretaña en relación a la independencia de México e Hispanoamérica.

Otro texto importante relativo a intereses extranjeros en la independencia de México es el artículo, también de la autoría de Guadalupe Jiménez Codinach²⁵ sobre la “confederación napoleónica”, que en palabras de la autora “no constituyó un proyecto aislado sino formaba parte de una vasta conspiración que abarcó todo el mundo atlántico en los años 1800-1825” (p. 131). Como demuestra Codinach por medio de un cuidadoso estudio de fuentes, el objetivo de la Confederación era la independencia de México de España, pero sólo para someter el país a la autoridad de dos ilustres desterrados, los hermanos Bonaparte, de los cuales Napoleón tenía que ser liberado de su prisión en Santa Elena mientras que José se encontraba ya en Estados Unidos, esperando los avances de la expedición al río Trinidad, Texas, en diciembre de 1817. Importantes exoficiales bonapartistas se encontraban involucrados en el plan de conquista de México, encubierto por la creación de sociedades de agricultura primero en Ohio y luego en territorio texano. Como tantos conquistadores-filibusteros angloamericanos, también los franceses eran atraídos por las ricas minas de metales preciosos del virreinato novohispano. La expedición fracasó, sus miembros fueron dispersados por fuerzas realistas y huyeron a Estados Unidos o Europa. El artículo de Jiménez Codinach documenta los múltiples nexos existentes entre esta conspiración y otras que se estaban tramando en el momento, como la de Mariano Renovales, la de los hermanos Lafitte y quizá aun la de Xavier Mina.

La independencia en territorios de frontera entre Nueva España y Estados Unidos

En las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y España, las actividades de los insurgentes sudamericanos y sus aliados en el este y sur de la Unión Americana (las ciudades puertos del Atlántico desde Nueva York hasta Savannah, además de Nueva Orleans y otros lugares de Luisiana), así como en los territorios españoles colindantes (las Floridas y Texas) constituyeron un serio factor de perturbación en la segunda década del siglo XIX. En la historiografía relativa a las negociaciones

rencia a ella en el inciso siguiente.

²⁵ El artículo “La Confédération Napoléenne”, fue publicado en 1988 en *Historia mexicana* e incluido en la recopilación de 1996, coordinada por Virginia Guedea. Las páginas indicadas en el texto se refieren a esta última edición.



de límites en América entre las dos potencias aparecen como causas de irritación los constantes proyectos de invasión de Nueva España por tierra y mar urdidos en la Unión Americana, las expediciones corsarias dirigidas en contra del comercio español, que contaban con el apoyo humano y material de ciudadanos norteamericanos, y la tolerancia por parte de autoridades portuarias locales.²⁶ No se ha escrito todavía una monografía sobre el papel de Nueva Orleans como centro de reunión y de apoyo para los insurgentes mexicanos y sudamericanos, pero en toda la bibliografía citada hasta ahora trasciende su importancia.²⁷ Las actividades corsarias desde Baltimore han sido estudiadas por Charles Griffin (ver *supra*). En cuanto a los territorios españoles limítrofes con Estados Unidos y su uso como centros de operaciones insurgentes, como la isla de Galveston en Texas y brevemente Amelia en Florida oriental, también han sido resaltados en gran parte de los textos comentados aquí.²⁸

Los cuatro artículos y nueve documentos compilados por David Bushnell y publicados por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en 1986 arrojan nueva luz sobre la efímera y poco conocida república de las Floridas, establecida en 1817 en la isla de Amelia por el general venezolano de origen escocés, Gregor Mac Gregor. Con gente de Georgia y Carolina del Sur y varios sudamericanos, Mac Gregor se proponía crear un primer bastión y, a partir de allí, lograr la independencia de las dos Floridas. Gerald E. Poyo sostiene en su artículo

²⁶ Philip C. Brooks, por ejemplo, observa en su obra *Diplomacy and the Borderlands*: “Debemos enfatizar que hasta bien entrado el año de 1820, los oficiales españoles asumían que la reconquista de las colonias era posible. Por ello, la prevención de ayuda extranjera para los insurgentes, así como la protección de las fronteras septentrionales de las colonias afectaron de manera vital la diplomacia de España con Estados Unidos.” p. 63 (véase también p. 42 y 87). “Patriotas y Piratas” (Graffenstein, 1998) retoma el tema de las actividades proinsurgentes en territorio estadounidense y en la frontera septentrional de Nueva España, incorporando este espacio de acción a una región geohistórica que constituye el Golfo-Caribe, Gran Caribe o Circuncaribe. El interés primordial de este trabajo es documentar el papel que jugó este espacio geopolítico en el momento de la disolución del imperio español en América, como una prolongación y al mismo tiempo refuncionalización como “frontera imperial”. Otro texto en este sentido es la tesis de doctorado de William A. Morgan, *Sea Power in the Gulf of Mexico and the Caribbean during the Mexican and Columbian War of Independence, 1815-1830*, 1970.

²⁷ Textos pioneros en este sentido son el capítulo “Un centro de espionaje en Nueva Orleans”, de José Luciano Franco (en *Política continental*, 1964) y el artículo de Ernesto Lemoine “Nueva Orleans, foco de propaganda y actividades de la insurgencia”, *Anuario de Humanidades*, núm. 3, Universidad Iberoamericana, México, 1975.

²⁸ Galveston como base de las correrías de Luis Aury por el golfo de México en 1816 y primeros meses de 1817 es el tema de la tesis de licenciatura en Historia presentada en 1999 por Iván Valdez Bubnov. Aparte de documentación trabajada por otros autores, el autor contó con un manuscrito novedoso, atribuido a un marino catalán quien vivió en Galveston durante varios meses como prisionero de los corsarios.

que la toma de Amelia no debe verse como hecho aislado sino en el contexto más amplio de la coyuntura posterior a 1815, cuando los movimientos insurgentes en Hispanoamérica estaban a la defensiva. Era, en su opinión, una de las empresas cuyo fin era “reinflamar” la causa de los insurgentes en contra de España. (p. 35) También Charles H. Bowman Jr. opina en su trabajo — citando al norteamericano y cabeza de la Oficina de Patente en Washington, William Thornton, quien era un ardiente defensor de las independencias hispanoamericanas — que la gente que ocupó Amelia veía a las Floridas como “una parte integral del gran Imperio que se encuentra en revolución”, un concepto que está “en perfecta consonancia con las ideas de los patriotas más iluminados, cuyas miras no están limitadas por la política estrecha de regiones individuales.” (p. 46)

Por otra parte, la temprana declaración de independencia, la creación de un órgano de gobierno propio y la proclamación de una constitución en Texas en 1813 han sido tratadas en uno de los trabajos de Virginia Guedea (2001).²⁹ El ensayo muestra claramente la voluntad genuina de los texanos de participar desde muy temprano en un gobierno insurgente novohispano a través de un representante en el congreso planeado por Miguel Hidalgo, además de dotarse de instituciones autónomas propias. Al mismo tiempo, la autora evidencia los intereses externos en este territorio de frontera de la Nueva España, es decir, la “ayuda” muy interesada de angloamericanos a título individual y del propio gobierno norteamericano, ambos disgustados con la constitución del “Estado” de Texas que estableció “su indisoluble unión con la República Mexicana”, así como la exclusividad de la religión católica de sus habitantes. Como documenta Virginia Guedea, la actitud independiente de José Bernardo Gutiérrez de Lara, quien tenía el mando militar, dejaba poco margen de injerencia tanto a individuos como al gobierno de Estados Unidos, por lo que éste instigó a José Álvarez de Toledo a provocar la caída de Gutiérrez y sustituirlo en el mando, lo que Toledo consiguió, pero solamente para llevar al recién creado Estado de Texas a la derrota frente a la ofensiva realista.

La “insurgencia externa” en la historiografía

En este apartado ponemos el acento en la historia de los individuos, de los múltiples emisarios, aliados, corsarios, aventureros, armadores y

²⁹ “Autonomía e independencia en la provincia de Texas” en Guedea (coord.), *La independencia de México y el proceso autonomista*, 2001.



comerciantes que participaron desde “afuera” en la independencia mexicana e hispanoamericana. Retomamos para ello a varias de las obras ya comentadas en los dos apartados anteriores, pero recuperando ahora su aporte para el tema de la llamada “insurgencia externa”, al mismo tiempo que incluimos algunos otros textos no considerados hasta ahora.³⁰

En los años — nos referimos a las décadas veinte, treinta y cuarenta del siglo XX — en que la historiografía estadounidense produjo gran número de libros, tesis y artículos sobre las actividades de los patriotas sudamericanos y sus aliados en suelo norteamericano y sus fronteras con territorio español, se publicaron en México tres textos importantes sobre el tema, el primero es el mencionado título *Precursores de la diplomacia mexicana* de Isidro Fabela (1926), seguido a fines de los años treinta por dos publicaciones que se ocupan de extranjeros vinculados a la insurgencia mexicana. *El historiador Davis Robinson y su aventura en Nueva España* (1939) de Eduardo Enrique Ríos es una pequeña biografía, acompañada de cinco escritos de este norteamericano, comerciante y simpatizante de la insurgencia, quien por razones de negocios había viajado extensamente por todo el Golfo-Caribe, antes de llegar a México en 1817 con el propósito de cobrar a Guadalupe Victoria y Manuel Mier y Terán una deuda contraída por la compra de armas a Joseph Nicholson, pero también con la comisión que le habían dado Álvarez de Toledo y Herrera de promover la apertura de un puerto en el Golfo para facilitar la introducción de armas y hombres desde los Estados Unidos. Eventualmente tenía además el encargo de informar a su gobierno sobre el “verdadero estado de la revolución en México”, por lo que los realistas lo trataron como espía y sujeto peligroso. (p. 22) Eduardo Ríos reconstruye la vida de William Davis Robinson en los años de 1799 a 1819 — fecha de su regreso a Estados Unidos después de casi dos años de prisión en Oaxaca, Veracruz, La Habana y Cádiz — con base en documentación de varios ramos del Archivo General de la Nación, México, especialmente *Infidencias, Historia y Correspondencia de virreyes*.

³⁰ Como en los apartados anteriores, tampoco en éste buscamos ser exhaustivos; lo que nos interesa aquí, es detectar tendencias interpretativas en la literatura existente sobre algunos de los múltiples actores externos de la independencia mexicana e hispanoamericana. En los textos que incluimos en el presente ensayo se encuentra un número considerable de referencias a libros, tesis y artículos publicados en Estados Unidos a lo largo del siglo XX sobre las actividades de la insurgencia externa en suelo norteamericano y en sus fronteras. Sobre todo en los años veinte y treinta aparecieron varios artículos en las revistas estatales de historia, como la *Louisiana Historical Review*, la *Florida Historical Review* y la *Georgia Historical Review*. Para mayores referencias se pueden consultar los artículos recopilados en Bushnell, *La República de las Floridas, passim*.

A su vez, *Los piratas Lafitte* (1938) es una monografía escrita por J. Ignacio Rubio Mañé, eminente especialista en la historia de Yucatán y gran conocedor de los archivos mexicanos, de los que dirigió el General de la Nación. A partir del hallazgo de información en los Archivos de Notarías Públicas, Mérida, Yucatán, y en el Archivo General de la Nación, documentación que complementa con fuentes de la Biblioteca Widener³¹ en Havard, Rubio Mañé se da a la tarea de escribir una biografía de los hermanos Pedro y Juan Lafitte. En 54 breves y amenos capítulos —que bien podrían servir como base de guión para un proyecto filmico— Rubio Mañé traza las vidas de los hermanos, desde las primeras noticias de su residencia en Nueva Orleans en 1809, sus correrías por el golfo de México en las que atacaban a cuanto barco español encontraban en el Golfo, cubriendo sus actos de saqueo con la bandera de la República de Nueva Granada; el auge y la destrucción de su establecimiento “pirático” en Barataria, cerca de la boca del Mississippi, su participación en la batalla de Nueva Orleans en contra de los ingleses; sus planes de servir como espías a la corona española y de “limpiar el Golfo de piratas” y, finalmente, los últimos días de Pedro en Yucatán mientras que la suerte de Juan permanece en la oscuridad. La narración ágil y precisa logra trazar una imagen de los Lafitte como gente sin escrúpulos en lo privado y público, que poco se interesaban por la suerte de los jóvenes países por nacer al sur del río Bravo, pero que al mismo tiempo destacaban por su intrepidez, sus talentos mercantiles y su “patriotismo” al desdeñar las ofertas de Gran Bretaña de participar de su lado en la guerra angloamericana, y al ocupar un papel memorable en la defensa de Nueva Orleans. Tangencialmente Rubio Mañé se ocupa de Luis Aury y de otro francés, Dominique You, también un corsario de “grandes talentos”, quien un tiempo fue la mano derecha de Juan Lafitte en Barataria.

Otro ejemplo de una monografía dedicada a la insurgencia externa, en este caso sobre todo en relación a la liberación de América del Sur, es el libro *América de Norte a Sur ¿Corsarios o libertadores?* (1975), del colombiano Jaime Duarte French. El autor está especialmente interesado en la figura de Luis Peru de Lacroix, quien se hizo famoso como uno de los ayudantes de Simón Bolívar y como autor del llamado “Diario de Bucaramanga” que se basa en las conversaciones que sostuvieron ambos durante los meses de la sesión del congreso de Cúcuta en 1828 y cuyo resultado estaban aguardando en el cercano pueblo de Bucaramanga. Exoficial de los ejércitos de Napoleón Bonaparte, Luis

³¹ En cuanto a fuentes bibliográficas del siglo XX que usó Rubio Mañé, la más importante es *Lafitte the Pirate*, de Lyle Saxon, publicado en 1930.



Peru de Lacroix llegó probablemente en 1814 a América donde se incorporó a la flotilla de corsarios bajo el mando de su compatriota Luis Aury. Fungió como su secretario general en los años en que Aury ocupaba como base de operaciones a la isla de Providencia en el mar Caribe.³² Un año antes de la muerte de Aury, en 1821, Peru de Lacroix abandonó las filas del famoso corsario y buscó su incorporación a las fuerzas militares de la república de Colombia. Como mencionamos, llegó a convertirse por breve tiempo en uno de los confidentes de Simón Bolívar y a ocupar un puesto militar de alto rango, pero cuando el “infortunado y errático general” buscó establecerse en Caracas en 1835 y no logró obtener ocupación alguna, regresó finalmente a Francia, donde se quitó la vida en 1837.

El libro de Duarte French constituye un drama de rivalidades, pasiones y ambiciones personales de varias figuras de la insurgencia externa que operaba en el Golfo-Caribe durante las guerras de independencia hispanoamericanas. Con base en correspondencia sostenida entre ellos y con los principales líderes de la independencia de Venezuela y Colombia —en especial con Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander— Duarte French busca desentrañar las acciones de esta figura contradictoria y trágica que era Luis Peru de Lacroix, al mismo tiempo que gran parte de su argumentación está dedicada a demostrar que Luis Aury estuvo profundamente comprometido con la causa insurgente de Hispanoamérica y que fue víctima de difamaciones y traiciones por parte de Peru de Lacroix y por Luis Brion, quien durante la primera estancia de Bolívar en Haití en los primeros meses de 1816 se impuso como comandante de las fuerzas navales de Colombia, mientras que Aury quedó relegado y tuvo que cambiar el pabellón colombiano, bajo el cual había navegado, por el mexicano y posteriormente por el de Buenos Aires. A pesar de sus repetidas solicitudes de ser admitido de nuevo como parte de las fuerzas navales colombianas, Aury nunca consiguió la anuencia de Bolívar.³³ La amplia correspondencia que reproduce in extenso Duarte French es extremadamente elocuente en cuanto a los desgarradores enfrentamientos entre miembros de esta comunidad de europeos que buscaba suerte y fortuna en las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

³² Las islas de Providencia, San Andrés y Santa Catalina pertenecen hoy a Colombia. Luis Aury las ocupó en nombre de la Provincia de Nueva Granada en 1818. El archipiélago, al que pertenecen otros cayos y pequeñas islas, se ubica a 200 km de la costa caribeña de Nicaragua y a 700 km de la costa norte de Colombia.

³³ Bolívar nunca perdonó a Aury de haberse opuesto en Los Cayos a que ocupara el mando único de la expedición que se estaba preparando para recuperar Venezuela. Aury había abogado por la formación de una junta.



Los personajes tratados en las monografías mencionadas han despertado interés en la historiografía con respecto a sus móviles de acción y carácter de sus empresas corsarias. Los motivos que guiaban a los hermanos Lafitte en sus correrías por el golfo de México son menos discutidos, hay coincidencia en la literatura que cuidaban sobre todo sus propios negocios, que eran piratas en el sentido más estricto, lo que no les impidió convertirse a partir de 1816 en espías al servicio de España. Es cierto que navegaban bajo pabellón colombiano e inflingían al comercio español grandes pérdidas, pero los beneficios de los saqueos eran exclusivamente para ellos; también es cierto que protegían a la *Confédération napoléenne* en 1818 y a la expedición de James Long en 1819, pero al mismo tiempo informaban sobre las dos empresas al intendente de La Habana. En cambio, la participación de Luis Aury en las independencias hispanoamericanas ha sido materia de opiniones divergentes, incluso en los dos textos ya mencionados. A diferencia de Duarte French, Rubio Mañé juzga a Aury como un simple pirata. En la ya mencionada recopilación coordinada por David Bushnell (1986), Luis Aury y el escocés Gregor Mac Gregor ocupan un espacio importante como líderes de la efímera república de las Floridas con sede en la isla de Amelia. Ambos habían tenido un papel destacado como aliados de los insurgentes venezolanos y neogranadinos.

Los artículos y documentos reunidos por D. Bushnell evidencian también la compleja interacción entre estas figuras y otras de origen diverso como Pedro Gual, agente venezolano, y Vicente Pazos Kanki, originario del Alto Perú y periodista de Buenos Aires, quien tuvo que exiliarse en 1817 en Estados Unidos, donde se unió en Filadelfia a la comunidad de patriotas de las repúblicas hispanoamericanas y sus simpatizantes, como el comerciante Thornton. Queda evidente en los cuatro artículos del libro la cooperación entre agentes sudamericanos y mexicanos, Pedro Gual por ejemplo creó una –aunque informal– junta de representantes de México, Nueva Granada y Buenos Aires. Por otra parte, están ampliamente documentados los frecuentes enfrentamientos entre las diferentes comunidades de la insurgencia externa: en Galveston se hostigaban las fuerzas de Luis Aury y los aliados angloamericanos y, a la llegada de Xavier Mina en diciembre de 1816, estalló un abierto conflicto por el mando entre éste y Aury; también en Amelia existían rivalidades entre el “partido” americano, encabezado por Jared Irwin y Ruggles Hubbard, y el llamado “partido” francés, compuesto de gente que había traído Aury –entre ellos el francés Maurice Persat y el italiano Agostino Codazzi– que comandaban unos 130 voluntarios haitianos.



Los documentos reunidos bajo el título de *Pliegos de la diplomacia insurgente*, (1987) tienen como figura central a José Álvarez de Toledo. Consisten en 18 documentos que son: respuestas por parte los insurgentes mexicanos a las proposiciones de este muy activo cubano, aparentemente a favor de la causa insurgente; el diario de Álvarez; trece cartas dirigidas a él por el agente norteamericano William Shaler; otras de la pluma de John Hamilton Robinson y de William Davis Robinson, también dirigidas a Toledo; y finalmente un borrador de carta de Luis de Onís a Fernando VII, también sobre el mismo Álvarez de Toledo. Las autoras de la introducción, Codinach y Franco, a los *Pliegos de la diplomacia insurgente* opinan que la revolución de independencia se explica esencialmente por razones internas, pero que era importante la insurgencia que se desarrolló en el exterior, conformada por patriotas desinteresados, entre “los que desgraciadamente se mezclaron todo tipo de aventureros, agentes secretos, especuladores y comerciantes.” (p. XXXI) La introducción toca una serie de episodios y temas: las intrigas de Toledo y de Shaler en contra de Gutiérrez de Lara en 1813; y la influencia de Álvarez de Toledo en Morelos y su gente. Toledo hacía grandes promesas en cuanto a las enormes recursos que podrían llegar del norte si se estableciera un puerto insurgente en la costa del Golfo y se mandara suficiente dinero; a sus instancias el Congreso inició su traslado a Tehuacán en 1815, es decir más cerca de la costa, pero, a pesar de las expectativas creadas, Codinach y Franco consideran que Morelos no se engañó sobre la panacea de la ayuda exterior, estaba consciente de que había más promesas que realidades.

Si bien Toledo es el personaje central de los documentos reunidos en la obra que comentamos, en su introducción se siguen también las actividades de Servando Teresa de Mier, los hermanos Fagoaga, Andrés Bello, Palacio Fajardo y otros miembros de la Logia de los Caballeros Racionales y su papel en la expedición de Xavier Mina. Por otra parte, a diferencia de José Álvarez de Toledo quien “intrigaba” mucho pero con pocos resultados para la causa insurgente, José Manuel Herrera aparece en ojos de las dos editoras de los *Pliegos* más sincero en sus propósitos y más exitoso en promover la revolución en el norte, sobre todo en Nueva Orleans, aunque no logró establecer el contacto vital con la expedición de Mina en Filadelfia.

Entre los muchos “actores externos” de la independencia mexicana Xavier Mina ha ocupado un lugar singular en la historiografía: se le ha caracterizado como el español liberal, héroe de la lucha de independencia española frente a los invasores franceses, solidario con las independencias hispanoamericanas, arrojado y hábil luchador de la guerra de guerrillas, quien puso a temblar a las fuerzas realistas y finalmente

entregó su vida a la causa insurgente.³⁴ Sin embargo, su “aventura” mexicana ha sido vista también bajo otra luz. H. G. Warren (1943) dice de él: “La carrera de Mina como filibustero es un ejemplo impactante de la futilidad de esas expediciones irregulares que se organizaron en Estados Unidos entre 1812 y 1821.” (p.75) Según este autor, la introducción de un parque militar voluminoso y costoso a Soto la Marina, producto del gran apoyo que encontró Mina en comerciantes ingleses y algunos estadounidenses, fue causa de una primera división de sus fuerzas y de la pérdida de muchos hombres y de los pertrechos que esos estaban encargados de cuidar en el fuerte del puerto. Warren reconoce la habilidad de Mina como combatiente guerrillero, pero también es muy severo en juzgar sus decisiones en la última fase de la guerra que libraba con las fuerzas realistas.³⁵ Afirma que perdió en esta etapa el apoyo de muchos de los oficiales angloamericanos que lo acompañaban por los errores cometidos (p. 72) e incluso opina que fue un acto de cobardía cuando Mina abandonó, en secreto y sólo con unos cuantos hombres, el sitiado fuerte de Sombrero que después fue tomado por el mariscal de campo Pascual de Liñán, con grandes pérdidas para los insurgentes y la población civil que allí se había refugiado. (p. 71) Lo juzga también demasiado confiado en sus habilidades como militar, un juicio en el que se parece reflejar la opinión del general Espoz y Mina, quien dijo de su sobrino que éste fracasó en su empresa por su falta de previsión y exceso de confianza en sí mismo.³⁶

Preguntándose por las posibles razones del fracaso de la expedición de Xavier Mina, dos autores mencionados en páginas anteriores, M. S. Alperovich y Ernesto Lemoine, emiten opiniones bastante coincidentes al respecto: desconocimiento del país, las dificultades de establecer contacto con los insurgentes y “cierta desconfianza de éstos últimos hacia Mina y los extranjeros que llegaron con él y, finalmente, la ausencia de las reivindicaciones sociales en el programa del

³⁴ Para una bibliografía amplia sobre Xavier Mina véase Ana Laura de la Torre Saavedra, *La expedición de Xavier Mina*, 1999.

³⁵ Warren sostiene que el carácter filibustero de la expedición de Mina termina cuando su pequeño ejército y las fuerzas de Pablo Moreno se unieron en el fuerte de Sombrero. “A partir de allí, los invasores se mezclaron con los rebeldes mexicanos y sus actividades pertenecen propiamente a la historia de la revolución en México.” (p. 67) Es de destacar que en el artículo de H.G. Warren que estamos citando abundan juicios negativos sobre los realistas, cuyas crueldades en la represión de los insurgentes y la población civil se subrayan una y otra vez, pero también sobre el propio Mina, como mencionamos, y sobre algunos de los líderes insurgentes, juzgados desfavorablemente por los oficiales angloamericanos que se encontraban entre las fuerzas de Mina.

³⁶ Lemoine, quien cita a Espoz y Mina, descalifica esta apreciación como expresión de una frialdad extrema. (Lemoine, 1992, p. 187)



militar liberal español” (p. 196), son las principales causas enumeradas por Alperovich. Lemoine también toma en cuenta estos factores y añade otro: el “anticipado anuncio *urbi et orbi*” de la expedición, de manera que desde mediados de 1816 se sabía de ella en Londres, en París, en los puertos del noreste de Estados Unidos, en México, en La Habana, y por tanto las autoridades coloniales podían hacer preparativos para recibir a los invasores. (1992, p. 187-188)

En su libro *La expedición de Xavier Mina a la Nueva España: una utopía liberal imperial* (1999), Ana Laura de la Torre Saavedra, en cambio, se interesa más por las razones de los éxitos iniciales de la expedición: destaca entre ellos el desgaste de las tropas coloniales, la falta de cooperación entre los comandantes realistas, lo extendido de las costas que hacía difícil su vigilancia, el miedo del que eran presa las tropas del rey ante la presencia entre las filas del invasor de soldados experimentados de los ejércitos europeos. Ana Laura de la Torre pone sobre la mesa de discusión aspectos interesantes de la figura y de los móviles de acción del “estudiante navarro”, como llamaban despectivamente los realistas a Xavier Mina. Mientras que los tres autores que acabamos de citar (Warren, Alperovich y Lemoine) no son explícitos en cuanto a los posibles objetivos de la expedición del navarro³⁷ — mencionan en general la importancia del pensamiento liberal en él, su empeño por combatir el absolutismo de Fernando VII y su solidaridad con los insurgentes — Ana Laura de la Torre sostiene que Mina no buscaba separar Nueva España de la corona española sino establecer un gobierno liberal que permitiría luchar en contra del “tirano” desde América. Por otra parte, subraya que el pensamiento de Mina no se debe ver como estático, así, de regreso de su prisión en Francia en 1814, se familiarizó con las ideas liberales en cuyo nombre organizó con su tío Francisco Espoz un levantamiento que fracasó y más tarde, en su exilio en Inglaterra, conoció también las demandas de los americanos.

Otro aspecto que queda muy claro en el libro de Ana Laura de la Torre es el contexto internacional en el que estaba inmersa la empresa de Xavier Mina, caracterizado por “una mezcla de inquietudes e intereses políticos, económicos y territoriales existentes en Inglaterra, Estados Unidos, España e Hispanoamérica.” (p. 7) La autora atribuye a este conjunto de intereses, muchas veces no coincidentes, “las

³⁷ Ciertamente las declaraciones de Mina hacen difícil ver con claridad sus objetivos. Warren cita por ejemplo una proclama publicada en el *Boletín 1 de la División Auxiliar de la República Mexicana*. La exposición, dice Warren, “[...] anunciaba que su deseo de mantener principios liberales en el Nuevo Mundo y de atacar la fuente de la fuerza de Fernando lo llevaron a México.” Warren, 1943, p. 58.



contradicciones que se perciben en las proclamas dejadas por el joven navarro.” (p. 8)

Cerramos estos breves comentarios sobre el tema de la insurgencia externa en la historiografía con el reciente trabajo de Virginia Guedea (2003) que incluye la traducción anotada de la versión completa, aparecida en 1820, de las *Memorias de la Revolución Mexicana* de William Davis Robinson, así como un estudio introductorio de gran interés sobre este personaje, que era a la vez agente del gobierno de Estados Unidos, comerciante, portador de planes de invasión a la Nueva España, “un buen ejemplo de los muchos angloamericanos que de una u otra manera tuvieron injerencia en el movimiento insurgente” (p. VII). En opinión de la traductora y editora de las *Memorias*, su principal objetivo era el de dar cuenta de la expedición de Xavier Mina a Nueva España, por lo que ocho de los trece capítulos se refieren a ella, pero la obra contiene también amplia información sobre los orígenes y el desarrollo de la revolución anterior a 1817 que se tratan en tres capítulos, además de una historia de las crueldades cometidas por los españoles en América (cap. XII) y una exposición sobre las ventajas de una comunicación interoceánica en el sur de la Nueva España.

Asimismo, Virginia Guedea llama la atención sobre los siguientes aspectos de las *Memorias*: si bien éstas constituyen una verdadera obra historiográfica, que el autor busca “fundar en la objetividad y el rigor del dato” (p. XXVI), así como en fuentes abundantes y confiables, la obra tiene también un fin político y hasta geopolítico. La editora de esta versión, publicada originalmente en 1820, afirma que las *Memorias* buscaban convencer al público y gobierno estadounidense de la necesidad y conveniencia de armar una expedición para ayudar a los insurgentes mexicanos a liberarse de la cruel dominación de España. En opinión de Robinson un vecino independiente era preferible a una colonia española, el comercio florecería, sobre todo si se lograba abrir una comunicación entre el Atlántico y el Pacífico en el Istmo de Tehuantepec. Aparte de estos grandes objetivos, observa Guedea, con la difusión de las crueldades cometidas por los españoles en América y de la lucha heroica de los mexicanos, el autor buscaba también conseguir alguna reparación de los daños que sufrió personalmente tanto en Venezuela, donde las autoridades coloniales lo llevaron a la ruina, como en Nueva España y Cuba, donde sufrió toda clase de privaciones en su larga prisión.



Balance y líneas de investigación a explorar en el futuro

Las relaciones establecidas con gobiernos extranjeros por parte de los insurgentes; los intereses de gobiernos, grupos e individuos del exterior; la ayuda externa; el desempeño de emisarios y representantes, así como de los aliados que actuaban bajo el amparo de las repúblicas hispanoamericanas, han sido objeto de estudio a lo largo del siglo XX y primeros años del XXI. En algunos momentos se han trabajado estos temas de manera más intensa, como en las décadas 1920-1940, cuando se produjo un gran número de libros, tesis y artículos en la historiografía estadounidense, mientras que las aportaciones mexicanas fueron esporádicas. En México salieron a la luz publicaciones sobre dichos temas desde los años veinte, pero fue en los últimos treinta años del siglo pasado que la producción interna aumentó considerablemente. Aparte de obras de procedencia americana, en la que figuran también algunas latinoamericanas, consideramos varios textos de la historiografía europea —inglesa y alemana— además del libro de Moisés Alperovich.

A partir de los textos comentados en este trabajo nos parece factible hacer un balance de cómo han sido tratados los tópicos mencionados en la literatura historiográfica del siglo XX, especialmente de sus últimas tres décadas. Sobre las esperanzas puestas en la ayuda externa por parte de los insurgentes las obras incluidas en la revisión ofrecen evidencias abundantes, además de que relatan una serie de episodios que demostrarían su falta de sustento. Recuperamos de la historiografía los pasajes que se ocupan de la búsqueda de ayuda y reconocimiento en el exterior. Encontramos coincidencia en que dicha búsqueda se hacía desde el inicio y aun antes de la fase armada y que existieron múltiples obstáculos para que se llevaran a buen término, entre ellos la represión por parte de las fuerzas realistas, la actitud ambivalente de los gobiernos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña y finalmente los intereses económicos no siempre favorables a los insurgentes entre los comerciantes estadounidenses asentados en los puertos. Ayuda directa, en cambio, prestó el gobierno de Aléxandre Pétiou desde Haití, aunque en sus declaraciones oficiales manifestaba una actitud de estricta neutralidad frente al conflicto entre España y sus posesiones americanas.

Podemos decir *grosso modo* que una evaluación positiva sobre la ayuda externa “oficial” se encuentra en las obras historiográficas de procedencia anglosajona. Para el caso de los Estados Unidos en varios de los textos comentados se sostiene que si bien sus gobiernos no se comprometían a una ayuda abierta para no enfrentarse a España, asis-

tieron a las nuevas repúblicas de manera indirecta al tolerar actividades conspirativas de los insurgentes y sus aliados en su territorio. Juicios más dudosos encontramos en textos de historiadores mexicanos, quienes hablan más bien de un interés limitado, de la prioridad de intereses económicos y políticos propios.

En varias de las obras que hemos comentado aquí está presente la dimensión atlántica de las actividades conspirativas, la formación de una comunidad atlántica que participaba en las actividades que se desarrollaron de manera paralela o complementaria a la guerra entre insurgentes y realistas, sin embargo, esta multiplicidad de acciones y de grupos e individuos activos en gran número de puertos de ambos lados del Atlántico no constituye en última instancia un factor determinante para la independencia de México, ni aun un impulso inicial como en Venezuela y Colombia.

Quisiera cerrar esta revisión historiográfica sobre la independencia de México fuera de sus fronteras con la propuesta de algunas líneas de investigación que me parecen ser de interés en el futuro. A partir de la afirmación de Jiménez Codinach y de otros autores de que los intereses y grupos externos, de muy diversa índole y procedencia, influyeron muy poco en el curso de la guerra de independencia mexicana, en contraste con las demás colonias en rebelión donde este factor, sobre todo con la intervención inglesa, fue mucho más notable, me parece interesante explorar la veta de estudios comparativos en los que se evalúen estas diferencias y se analicen las eventuales aportaciones externas desde una perspectiva comparada. Un acercamiento de este tipo podría corregir quizá la casi completa ausencia del tema en las historias generales de las independencias latinoamericanas.

Dado que la enorme cantidad de documentación que existe en los archivos americanos y europeos sobre estos actores externos tiene que ver con la circulación de información en diversos espacios — podemos considerar el del Atlántico o el del Golfo-Caribe, incluyendo al este y suroeste de los Estados Unidos —, con la recepción de la misma y con la aparición de rumores, intrigas, espionajes, redes de informantes, etcétera, me parece factible interrogar el cúmulo de correspondencia existente bajo el enfoque de la historia de la recepción que ofrece, en mi opinión, herramientas metodológicas útiles para su análisis.

Un tercer acercamiento posible, siguiendo una sugerencia de Jiménez Codinach, sería la búsqueda de esclarecer los complejos y múltiples vínculos entre los diferentes grupos, individuos y fuerzas que estuvieron activos en el exterior y que buscaban influir en el curso de los acontecimientos o por lo menos lograr ciertos objetivos y defender intereses propios en el contexto de las guerras de independencia his-



panoamericana. Las propuestas del llamado microanálisis y el enfoque del funcionamiento de redes podrían ser útiles para explicar cómo y con qué éxito operaban los grupos mencionados en la segunda década del siglo XIX.

Finalmente, me parece importante insistir en lo conveniente de seguir estudiando la independencia de México desde la perspectiva atlántica, tal como ha sido planteada desde los años setenta por autores como Rodríguez, Codinach y Liss. Sus trabajos han sido pioneros para superar visiones limitadas por las respectivas historias nacionales europeas y americanas. Las aportaciones, en los años noventa, de autores como Bernard Bailey, Nicolas Canny y Horst Pietschmann a la definición del Atlántico como un “sistema”, susceptible de ser analizado como un todo no fracturado por la historia nacional tradicional, pueden ofrecer herramientas metodológicas útiles. Podemos considerar la etapa de ruptura y desintegración del régimen colonial español y transición hacia los estados independientes como el último gran momento del sistema atlántico abierto, tal como lo ha definido Pietschmann.³⁸ La presencia en el espacio atlántico de redes de comerciantes, corsarios, conspiradores, filibusteros y simpatizantes vinculados a los movimientos independentistas hispanoamericanos en la segunda década del siglo XIX, de hecho, parece hacer de este enfoque el idóneo para analizar adecuadamente estos intereses multinacionales.

³⁸ Cfr. el estudio introductorio a la obra colectiva *Atlantic History*. (2002). El autor señala cambios fundamentales en el espacio atlántico para los años 1808-1814 cuando llega a su fin el “viejo y abierto sistema atlántico-americano de la temprana edad moderna.”, p. 43.